

ABEJA ESPAÑOLA

NUM. 285. *Miércoles, 23 de Junio.* 5 qtos.

VARIEDADES.

Instruccion pública.

Entre la multitud de objetos de la mayor importancia que exigen las miradas mas atentas de un buen gobierno, es decir, de un gobierno justo é ilustrado, ocupa indudablemente el primer lugar la instruccion pública. Esta fuente de la prosperidad nacional, este sólido y exclusivo apoyo de la grandeza y duracion de los estados, jamas será bastante atendido por los que la casualidad, ó sus virtudes, han puesto al frente de las sociedades. La esclavitud de los pueblos, la miseria, los errores acreditados, las preocupaciones, los malos hábitos, las pasiones desenfrenadas, las malas leyes, las malas

instituciones, los malos gobiernos, las guerras intestinas, ó los contrastes de la opinion pública, y quantas plagas afligen á la sociedad, todas, todas, son consecuencias de la ignorancia de los hombres por defecto de un buen plan de educacion pública, y privada que enseñe á cada uno aquel número de verdades, cuyo conocimiento está unido á su felicidad. En tanto que el hombre sea el juguete de las preocupaciones mas groseras y enemigas de su bien estar; en tanto que el charlatanismo de los demagogos de toda especie arrastre y seduzca su ignorancia, está demas el mejor sistema de gobierno. Las leyes no serán amadas de ninguno, y por consiguiente desobedidas. La opinion pública, esto es, la suma de ideas ó nociones comunes á todos los individuos de una sociedad (ó al mayor número) jamas se forma, ni robustece, si un plan de educacion bueno, general, y uniforme no ilustra igualmente á

todos los ciudadanos sobre aquellos objetos que interesan á su felicidad. Pero para esto es necesario que la instruccion pública no sea un plan sistemado de errores, preocupaciones, ó vaciedades escolásticas. Las artes y las ciencias depuradas del charlatanismo filosófico de los siglos bárbaros, deben ser el empleo de los talentos de una nacion, que quiera caminar á grandes pasos hácia su prosperidad, formando hombres capaces de ser gobernados por buenas leyes, y no esclavos sometidos al yugo de la ignorancia, y del fanatismo.

Nuestros legisladores parece que, convencidos de estas verdades, tuvieron presente al formar la Constitucion de la monarquía, que á la nacion no podia redimírsela completamente de su cautiverio, rompiendo para siempre las cadenas de la esclavitud, sin fomentar la instruccion pública, dándola aquellas esenciales variaciones, y dirigiéndola

la hácia aquellos objetos que la experiencia, el exemplo de la culta Europa, y el progreso de las ciencias reclamaban imperiosamente hacia mas de un siglo: al ménos así nos autoriza á creerlo el artículo 369 de la Constitucion, pues para seguir como hasta aquí, malemployando el privilegiado talento de los españoles, y dándonos en espectáculo al mundo sábio, que con tan profundo desprecio ha mirado nuestra ignorancia de dos siglos á esta parte, de mas estaba el establecimiento de un cuerpo científico que ha de ser un foco de luces desde el qual se difunda la instruccion por toda la monarquía.

El gobierno, segundando las ideas del legislador, y creyendo haber llegado ya el momento de poner mano á esta grande obra, parece segun se infiere del contexto de una noticia puesta en calle ancha, en el Redactor general número 735, ha nombrado á los seis

individuos que allí se dice, para que comunicándose recíprocamente sus luces, formen el *plan general de instruccion pública*, á fin de que despues recaiga sobre él la sancion de la suprema autoridad, caso de hallarlo conforme á sus miras y deseos. Hagamos aquí una pausa; y dexando á un lado por un instante el objeto principal de nuestro discurso, permitasenos esta pequeña digresion.

No es nueva ni desusada para los necios, los ambiciosos, los intrigantes y los engreidos la táctica de eludir el objeto esencial de una cuestion que se discute, recurriendo á personalidades, mas ó ménos mascaradas, mas ó ménos encubiertas, que ocupen el lugar de las sólidas razones, y que al cabo, ofuscando la vista del vulgo, producen el efecto de dexar, al ménos dudoso, el partido de la razon. Tampoco lo es el language del desprecio, ó el de una afectada modestia. El orgullo embozado con la ca-

(...)

pa de una aparente grandeza de alma, tambien posee su idioma peculiarísimo, y tal vez el mas eficaz para embotar las impresiones que hace la verdad en el espíritu de un hombre imparcial y razonable. Decir que *la envidia en todo hinca su diente*; que *los cérebros estrechos no son susceptibles de aquel temple de alma necesario para reconocer, y respetar el mérito ajeno*; acusar al que nos bate en regla de *celoso de nuestra prosperidad*, y repetir una y muchas veces que *la ignorancia disculpable no merece probarnos á hablar, entrando en materia*, es ganar mucho en la opinion de la multitud, (á muy poca costa) dexando, para con ella, eclipsado al contrario. Pero esto debe ocupar poco, ó nada al que una vez se resuelve á combatir errores de qualquiera especie, y sin que se le pueda tachar, con justicia, de animosidad, ú otra passion baxa. Hecha esta salvaguardia, volvamos á nuestro asunto.

(*Se continuará.*)

SIGUEN LOS FRAGMENTOS PARA EL DICCIONARIO.

Subordinacion. Es aquella necesidad en que nos pone la ley de obrar de una determinada manera. Pero, como en el dia, las circunstancias han implicado tanto las cosas, la *subordinacion* no pierde jamas de vista los intereses del subordinado; porque los deberes van tambien por ese mismo rumbo. De modo, que hoy se quiere dar á entender, que la *subordinacion* es una especie de necesidad, que solo el negocio propio nos debe imponer porque Dios, y nuestra conciencia, se dice, lo han declarado así, por medio del sentimiento *apasionado*, que advertimos al obrar contra lo que nos acomoda. Todo lo que por decòro se nos exíge en la sociedad, es cumplir aparentemente con la ley, que nos prohíbe, por exemplo, quemar hombres vivos, vivir de lo ageno, traer

siempre en la boca el nombre de Dios en vano; pero sin perjuicio de detestar estas disposiciones, hacerlas detestables en todas las conversaciones, y ver, por debaxo de cuerda, guardando el pellejo, si podemos inutilizar aquellas medidas, que nos cercenan las rentas, el influxo, y la ocasion de satisfacer nuestra propension carnívora á estos sabrosísimos cochifritos de sangre humana, á que estaba ya acostumbrado nuestro paladar. Todo lo que nos pide la *subordinacion legal*, es privarnos, como los lobos del alimento, quando el miedo sea muy urgente, y la contradiccion nos pueda perjudicar; por que el primer deber de todo hombre de *bien*, y ciudadano *honrado* es el negocio propio.—Estos fragmentos para el susodicho Diccionario patriótico, son del autor del catecismo *político* de marras.

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1813.

A cargo de D. R. Verges.